

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17, 3-7): *¿Qué puedo hacer con este pueblo?*

Salmo (94, 1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor»*

2ª lectura (Romanos 5, 1-2.5-8): *La esperanza no defrauda.*

Evangelio (Juan 4, 5-42): *Señor, dame esa agua.*

Estamos en pleno corazón de la Cuaresma, cuarenta días, tiempo simbólico que representa el paréntesis necesario de reflexión sobre la vida, o los paréntesis que nos impone nuestra limitada condición humana cuando detiene nuestro caminar apresurado y nos recuerda que estamos hechos de barro quebradizo.

Para hacer más serena, sincera y profunda esta mirada sobre la vida, va bien apoyarse en estas lecturas de la Biblia que fueron recogiendo la experiencia de muchas generaciones y le dieron forma de manera que, entre belleza, sencillez y hondura, otros miembros de la humanidad tuviéramos un guión que condujera nuestro pensamiento y nuestras dudas. Uno de los pensamientos más repetidos y que más problemas crea a Dios en su relación con los humanos es la presencia insistente y dramática del mal en la historia.

La escucha diaria de las noticias del mundo está volcada, sobre todo, en hablar de ella, hasta el punto que el periodismo parece un departamento de comunicación que el mal se ha montado para hacerse conocer más, impactar más nuestra mente e inocularnos esa sensación de impotencia, desánimo, resignación y desesperanza que es una forma cultural de victoria porque nos transmite la terrible enfermedad del fatalismo que acaba destruyendo nuestra energía y nuestro sentido de lucha contra el mal. De esa forma nos vemos desarmados, interna y externamente, para darle a la historia, que es la vida de todos, un cambio de rumbo.

Surge, entonces, la gran cuestión que pone a Dios en el centro del debate: ¿No es sabio y todopoderoso, creador de todo, señor de la historia y bueno con todos? ¿Cómo permite que ocurran las cosas que ocurren y sufran los inocentes que lo pasan tan mal? Demasiadas amarguras, muchos tragos amargos, excesivas aguas insalubres para pensar que la vida sea un buen regalo para muchos.

La experiencia de la amargura nos lleva a la experiencia de la duda y, a muchos, hasta la rebeldía contra Dios responsabilizándolo del dolor y del mal que hay en el mundo. Así es el camino de la fe, como el del amor, como el de la libertad, lleno de sobresaltos, dudas, tropiezos y altibajos. Pero Dios está ahí, Él es y está para nosotros. En medio de esta vida-camino podemos confiar o no. Pero la confianza, la fe, cambia el caminar. Y la fe solo puede apoyarse en Dios-Jesús crucificado que no esquivó el mal sino que lo vivió solidariamente.

El evangelista Juan es un maestro en el arte de contarnos pequeñas historias que constituyen, en conjunto, una visión de la vida global y de la historia humana. En pequeños trazos nos va dando retazos de nuestra propia existencia profunda con los detalles del pintor que en un pequeño rincón de su cuadro nos da claves para su comprensión.

En la aparente sencillez de esta escena de un pozo, semejante a los muchos que todavía existen en África, se produce un encuentro que por la conversación va evocando personas y problemáticas de la historia de Israel que dan la clave para comprenderlo. De hecho, es la historia de Éxodo la que nos hace situar esta narración en un contexto de camino, búsqueda y cansancio, que hace sentir la necesidad de agua para saciar la sed física y en la que, inmediatamente, comprendemos que nos remite a otros tipos de sed y, por lo tanto, a otros pozos con aguas de esperanza y de sentido que solo nuevas formas religiosas pueden ayudar a saciar.

Una comunidad antigua, rota ya por la desunión mostrada entre samaritanos y judíos, está enzarzada en trifulcas jurídicas, que nada tienen que ver con la función fundamental de ser signo y señal que ayude en el camino de la vida. Confundidos, sus miembros tratan de buscar ante las inquietudes que la vida les presenta.

Inesperadamente, una mujer, samaritana, de su encuentro con un judío, saca la conclusión de que su sed puede apagarla un sediento que acaba de llegar al pozo. Y presenta su paradójica convicción a los suyos: Un sediento necesitado y cansado es quien puede darnos agua y paz en nuestra búsqueda e inquietud. Y en él la mujer ha descubierto a quien, sin saberlo, andaba buscando y esperando. Pero cuando en la conversación sus palabras derivan a la búsqueda de quién puede ofrecer una salida a la búsqueda humana, la respuesta de Jesús nos pone en conexión con la pregunta de los buscadores de Jesús para detenerlo en el huerto de los Olivos. *«¿A quién buscáis? -A Jesús el nazareno. -Soy yo».*

La gran respuesta, pues, a nuestras grandes cuestiones existenciales se puede formular en palabras. Y hay que hacerlo. Pero su respuesta significativa se da en el encuentro acogedor con los necesitados, porque ellos son quienes son, la imagen viva del Dios de las aguas regeneradoras, del Dios portador de nuestra salvación y de la paz interior que no encontramos sino en el que nos acoge. Pero el acogedor es el acogido previamente en el corazón.

Juan nos ha dado una catequesis sobre evangelización que servía entonces y sirve ahora porque presenta a Dios en conexión con las necesidades de una humanidad sedienta.